Visita al desaparecido festival *Ilustratour*. Valladolid.

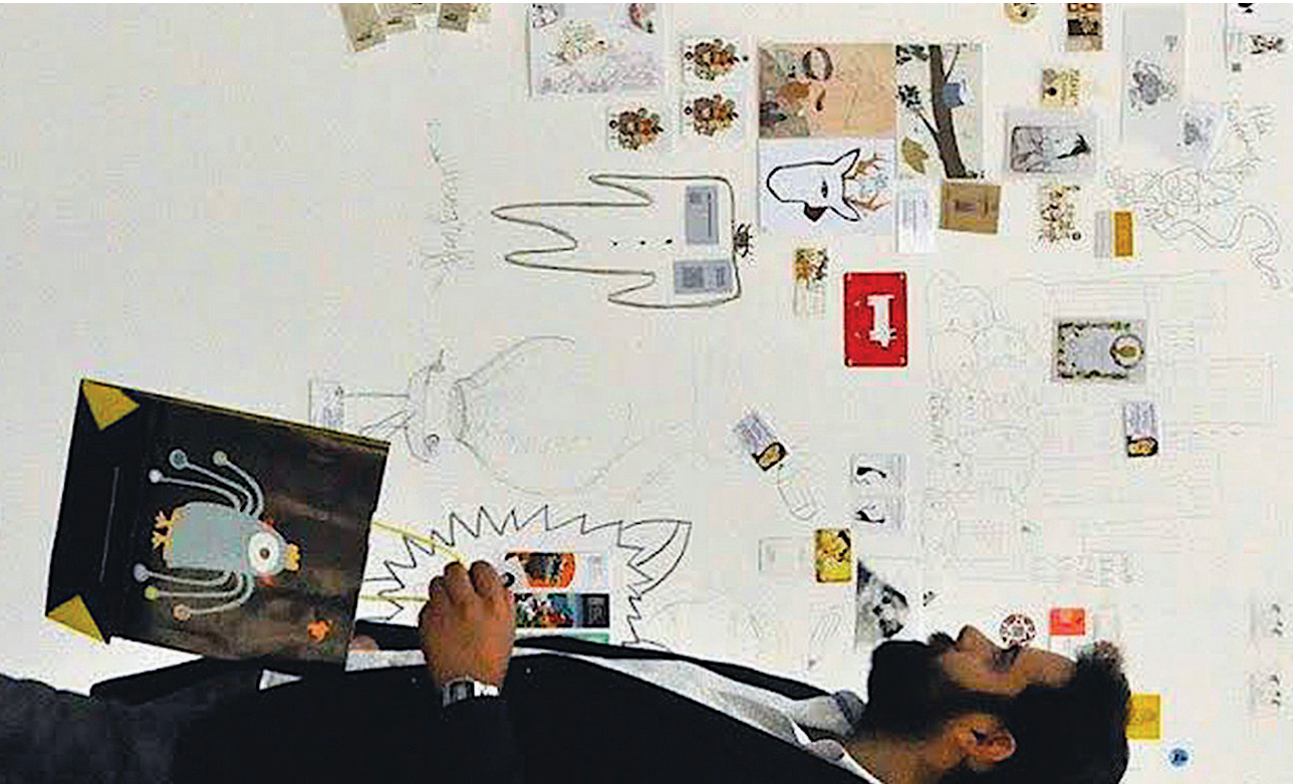


ILUSTRACIÓN GRÁFICA Y GESTIÓN CULTURAL. ESTUDIO, DEFENSA Y DIVULGACIÓN EN LOS DÍAS MÁS ACIAGOS (2008-2018)

Manuel Garrido Barberá

El período que abarca este ensayo coral y la crisis económica a la que hace referencia coinciden de una manera exacta con la primera década de mi trayectoria profesional. Así, hacia la mitad del camino de la vida, agradezco esta oportunidad de poder hacer una pausa y reflexionar en voz alta, como el mejor ejercicio para tratar de comprender adecuadamente las circunstancias, las filias y las fobias que me han traído hasta este momento. Aunque en el trayecto he podido recolectar unas pocas certezas, dudo mucho más en la actualidad de lo que lo hacía hace una década y todo apunta a que continuará siendo así en los días que vendrán, mientras consiga mantener viva la curiosidad y la capacidad de asombro.

Lamento no poder ofrecer aquí verdades absolutas; por el contrario, las siguientes páginas expondrán tan solo algunas reflexiones acerca de la gestión cultural, la ilustración gráfica, el poder de la imagen y otras cuestiones relacionadas, surgidas de la experiencia práctica, del ensayo y del error, del ejemplo de algunas personas y de la intercesión cómplice del azar.

He calificado estos diez años como «los días más aciagos» no porque me haya resultado especialmente difícil comenzar mi andadura profesional sino porque el contexto económico, político y social no siempre fue el más halagüeño para quienes nos dedicamos al mundo del arte y la cultura en València.

En el terreno económico, la crisis financiera y el desempleo tocaban de muerte los bolsillos de las familias, trastocando el orden de sus prioridades y convirtiendo la cultura en una suerte de exceso caprichoso; al mismo tiempo, en el ámbito político la crisis económica servía de excusa para efectuar sangrantes recortes en cultura

y educación o para subir el llamado *IVA cultural*, reforzando así el mensaje de la cultura, como un elemento de lujo y no como un bien de primera necesidad.

A ello se unía, de manera más o menos explícita, la zarpa de la injerencia política en la programación de los museos y centros culturales e incluso en las temáticas que no había que tratar si se quería ser tenido en cuenta en el reparto de la exigua tarta; la censura de exposiciones, artistas y gestores y la amenaza velada de la existencia de listas negras –que, en unos casos, conducía a la autocensura y, en otros, desembocaba en el exilio– y de otras listas de personas aptas e intocables, que, por oscuras razones, ocupaban los principales puestos de poder e influencia. Proyectos megalómanos, amiguismos, doctrina de partido y un ostentoso desprecio por la función pública, la ciudadanía y la disidencia eran el pútrido pan nuestro de cada día.

Una gran parte de la sociedad valenciana sentía una total desafección, un alejamiento indisimulado de las prácticas y hábitos culturales; se hablaba en los bares de lo caros que eran los libros o las entradas del cine y los museos y, en algunos círculos, se utilizaban palabras como *intelectual* o *artista* de una manera peyorativa. La credibilidad de algunas instituciones perdía peso a pasos agigantados y aquellos profesionales que en otro tiempo –según contaban nuestros mayores– venían de otras ciudades españolas solo para acudir a una exposición, hacía tiempo que ni venían ni se les esperaba. Existía, claro, una València cultural al margen, recóndita, culta y contestataria, aunque también silenciada y condenada al ostracismo y a la precariedad.

Un escenario de futuro incierto, al que llegué sin protección ni árbol genealógico y en el que pronto aprendería a distinguir a aquellas personas que ejercían su oficio desde la pasión, la ética y la generosidad, y que se convertirían en los faroles a los que seguir en medio de tanta espesura.

Terminé la licenciatura de Historia del Arte con la sensación de comenzar a pedalear en una bicicleta sin ruedines, vacilante y sin saber qué dirección tomar. Si algo tenía claro era que ya existía demasiada literatura sobre los viejos maestros, sobre los movimientos artísticos del pasado. Prefería nutrirme del arte de mi tiempo, tomar el pulso a la creación actual, con sus incertezas, su contexto compartido, su inmediatez y escuchar atentamente las voces de sus protagonistas.

En el transcurso del Máster de Conservación Preventiva del Patrimonio Cultural, en 2008, un reducido grupo de alumnos co-

menzamos a colaborar con el profesor Alejandro Villar en la coordinación y el montaje de las exposiciones, que organizaba en dos espacios culturales de la localidad valenciana de Algemesí. Aquel período, que comenzó como unas prácticas formativas y que se alargaría en forma de empresa, durante cerca de tres años, constituyó un auténtico máster después del máster en el que aprendería mucho acerca de lo que supone trabajar sin apenas presupuesto, a contrarreloj y hasta altas horas de la madrugada. También fue en aquel momento cuando sentí por primera vez los nervios de una inauguración, la enorme satisfacción al resolver los imprevistos más inverosímiles, la fascinación de conocer a artistas y otros agentes culturales a los que admiraba, y la extraña alegría que procuraba sentir el cansancio en el cuerpo después de un trabajo bien hecho.

Al margen de las numerosas exposiciones que se sucedían a un ritmo vertiginoso, de entre las actividades que recuerdo con mayor cariño destaca la coordinación, durante varios años, del *Premi Nacional de Pintura Ciutat d'Algemesí*; uno de los premios mejor dotados económicamente –lo cual favorecía la concurrencia de importantes artistas de incipiente y media carrera– y cuyo jurado contaba año tras año con algunas de las figuras más importantes del sector artístico español. Primero como trabajador y más tarde –una vez acabada mi relación laboral– como miembro del jurado, el mero hecho de poder escuchar sus deliberaciones, detectar sus gustos y sus demonios, y analizar sus razonamientos, resultó ser una experiencia formativa sin igual, aun cuando, en ocasiones, estuviera en total desacuerdo. El hecho de descender de su pedestal a algunas figuras de autoridad me hizo aprender, a las bravas, la importancia de dudar de la infalibilidad de las personas y de las verdades absolutas; a confiar y perseverar en mi propio criterio, que se convertía en una masa elástica y mutable.

Coincidiendo con la capitalidad española de la Unión Europea, en 2010, Alejandro Villar, David Brieva y yo organizamos hasta cuatro exposiciones en diferentes espacios de Bruselas, como el Parlamento Europeo, la Comisión Europea, el Comité de las Regiones y la *Maison d'Art Actuel des Chartreux* - MAAC. Con ocasión de la inauguración de una exposición que reivindicaba el papel de la mujer como artista, en la sala Yahudi Menuhin del Parlamento Europeo, fui el encargado de pronunciar su discurso inaugural, ante un público burocrático, cautivo y repleto de políticos europeos, algunos de ellos de infausto recuerdo. Durante mi intervención, algunas palabras muy críticas con «nuestra sociedad machista y

falocéntrica» cayeron como cuerpos incandescentes en medio de la frialdad de aquel espacio metálico e inanimado; se sucedieron las risas nerviosas, las gotas de sudor en la frente de alguno de nuestros anfitriones y el retorcimiento en su asiento de una parte del auditorio, para acabar cerrando el acto con un tímido aplauso. Pude constatar entonces el poder de las ideas: algunas palabras y algunas obras resultan necesarias precisamente por lo que escuecen. Aquel fue el primer discurso que daba en mi vida. Esa noche dormí a pierna suelta.

Desde muy temprano, más allá de los transportes y montajes, comencé a asumir mayores responsabilidades, tales como la redacción de textos, la selección de artistas y otras labores de comisariado. Empecé a colaborar con revistas y a redactar escritos para catálogos y hojas de sala de diferentes exposiciones. Leídos, con el tiempo, algunos de ellos me parecen fríos, otros excesivamente poéticos y más preocupados por la forma que por el contenido, otros, mantienen unas aseveraciones de las que hoy renegaría. En cualquier caso, ya había probado las mieles de ver mis textos publicados –aunque solo algunas veces estuvieran remunerados– y me sentía cómodo en la posición de mediador, de contador de historias, a través de las obras de arte de otros, de altavoz de un conjunto de personas, con los mismos intereses, dudas y anhelos. No sentía aquello de la crítica de arte como un juicio sumarísimo sino en una especie de vocación de servicio, cuya misión consistía en facilitar al lector unas herramientas, que le permitieran contextualizar las obras, las ideas, los referentes, y extraer sus propias conclusiones. Nunca podrá ser lo mismo escuchar la descripción razonada de un plato que saborearlo por uno mismo, digerirlo y desear con ahínco el siguiente bocado.

En 2009 aceptaron mi ingreso en la *Associació Valenciana de Crítics d'Art* - AVCA. Estaba acostumbrado a ser, con bastante frecuencia, el más joven en los diferentes círculos en los que me movía. Esta circunstancia traía aparejadas dos reacciones antitéticas: la mayoría de las veces movía a una suerte de paternalismo, en el que algunos profesionales me adoptaban como un pupilo, al que transmitir los secretos del oficio; otras, las menos, en las que despertaba un cierto recelo en algunas personas, a las que podía parecerles un futuro competidor. Afortunadamente conseguí absorber todo lo que pude de la generosidad y la experiencia de las primeras y alejarme de las segundas, por importantes e influyentes que estas pudieran ser.

Ya había aprendido a defender las ideas, los objetivos y los gustos de otros, y pronto despertaría la necesidad de desarrollar mis propios proyectos. Comencé a organizar pequeñas exposiciones –sin más presupuesto que el de mi propio bolsillo, pero sí con una vocación determinante– en diferentes espacios culturales. Se trataba, generalmente, de locales de hostelería y asociaciones sin ánimo de lucro, cuyos propietarios destinaban una parte de sus recursos, su tiempo y su esfuerzo a la nada desdeñable tarea de acercar la cultura a los barrios, muchas veces con mayor sensibilidad y vocación que las grandes instituciones. Espacios como el desaparecido *Artefacto*, en el que organicé una interesante muestra de arte textil, con piezas de escultura, videoarte e instalación, o *Rivendel*, en el que organizamos diferentes ciclos de cine y unas fugaces muestras de ilustración, que duraban un solo día y a las que bautizamos como «antidomingos». Allí comenzamos a exponer las obras de ilustradores incipientes y poco conocidos en aquel momento, como Maria Herreros, Martín López Lam, Paula Bonet o Rocío Salazar, mientras se celebraba un concierto acústico o una proyección de algún audiovisual. Recuerdo, con especial cariño, la exposición monográfica «El grito de dolores» de la mexicana Andrea Gussi, en la también desaparecida sala *La minúscula*, con unas obras de gran dureza acerca de los feminicidios de Ciudad Juárez y en la que celebramos el tradicional «grito de dolores» –que recuerda el inicio de la independencia mexicana en 1810– al calor de los tacos y el tequila.

Estas exposiciones me sirvieron para foguearme y comenzar a esbozar las líneas maestras del tipo de proyectos que vendrían después. El comisariado me brindaba la oportunidad de hilvanar y difundir un relato, gracias a las obras de arte, con autores que podían no conocerse entre sí, pero que trabajaban en un mismo sentido. Gracias al diálogo entre diferentes creadores, podía hacer que el artista no fuera una individualidad, que lanzaba una solitaria botella al océano, sino agrandar la fuerza de su discurso en una especie de obra coral, engranada como una ópera. Nació en mí la conciencia de que el arte, más allá de sus cualidades estéticas, era un medio de gran eficacia para la crítica social, para el cuestionamiento de lo establecido, para movilizar el pensamiento crítico y tratar de prender una pequeña mecha en el espectador.

En 2011 me ofrecieron la posibilidad de organizar pequeñas exposiciones en la cafetería del MuVIM, *Museu Valencià de la Il·lustració i la Modernitat*. Un espacio que generaba en mí emocio-

nes encontradas debido al triste episodio, tan solo un año antes, de la censura de la exposición de fotoperiodismo *Fragments d'un any*, que precipitó la dimisión de su director Román de la Calle[1]. Por aquel momento el museo comenzaba a alejarse de la rigurosa programación ideada por Román y Carlos Pérez y el foco en la ilustración gráfica, que tantas glorias había procurado en el pasado, languidecía en favor de otras exposiciones más efectistas. Durante casi año y medio, programé, en aquel pequeño espacio, una serie de exposiciones mensuales de ilustración, cómic y fotografía de autores desconocidos o que comenzaban tímidamente a despuntar: Regina Quesada, Mario González, Sara H. Peñalver, Cachetejack, el colectivo Tigre Enorme, Esteban Hernández, Clara

Manuel Garrido Barberá devorando un original de Angela Dalinger.

1.- Para entender mejor este episodio recomiendo la lectura del ensayo *Memoria y desmemoria del MuVIM. Política cultural, museo y patrimonio inmaterial*, publicado por Román de la Calle en Publicacions de la Universitat de València, en 2015.

Bleda… para acabar con una colectiva de ilustradoras que titulé «Vint *il·lustradones*» con motivo del Día internacional de la mujer.

Con el tiempo, advertí —mucho después de lo debido— que la cafetería del museo no era el lugar idóneo donde dignificar la ilustración. Al desencanto por los diferentes desplantes vividos y por el escaso apoyo institucional, se sumó, con gran efectividad, un mensaje en Twitter que ironizaba con la posibilidad de que la siguiente exposición tuviera lugar en los baños del museo. Aquel dardo iba cargado de razón. Sin embargo, dos hechos conectados por el respeto al trabajo de los artistas, me hacen llevar con orgullo la labor de aquellos días: el conseguir, tras mucho pelear, que se retribuyera a los autores por la cesión de sus derechos de exhibición y el disuadir a algunos de la idea de exigir a los autores la donación de una obra a cambio de exponer.

Nuevamente me vi abocado a realizar prácticas formativas con motivo del máster en Gestión cultural, en 2012. Dado que la oferta de prácticas del máster no ofrecía ninguna galería de arte, yo mismo busqué un convenio con Luis Adelantado, una de las más importantes e influyentes. Los cerca de tres meses que duraron mis prácticas supusieron un gran revulsivo para mí. La mayoría de los artistas con los que trabajaba la galería eran figuras de relevancia internacional. Esta etapa permitió que me mantuviera al día de las tendencias, artistas y ferias de arte contemporáneo, que me afanara por investigar autores y premios importantes y que me asomara al almacén a remover los peines siempre que tenía ocasión.

Aprendí mucho de Olga Adelantado, su directora, y de su asistente Anders Christoffersen, acerca de su capacidad de trabajo, su seriedad y su pulcritud por todos los detalles, que incluían un cuidado gusto por la imagen y la comunicación; cuestiones tan fundamentales como, a menudo, olvidadas o menospreciadas, por las diferentes organizaciones culturales. Como contrapartida, aprendí también otras cuestiones acerca de la dureza del trabajo de los galeristas, de la incertidumbre de las ventas, del escaso apoyo institucional o de las largas jornadas en las que nadie atraviesa la puerta. Aunque existían unos cuantos coleccionistas, que venían con asiduidad, València era una ciudad aún en la periferia física y mental, y era imperativo acudir a las ferias internacionales, con el esfuerzo que ello suponía en todos los sentidos. Al menos, en aquel momento, no había otra manera de subsistir. Algo que me llamaba la atención —y que he ido constatando después en múltiples ocasiones y también en otras disciplinas culturales— era la cantidad de artistas que nunca acudían

a visitar las exposiciones de sus coetáneos; siempre me ha sorprendido esa suerte de ceguera autoimpuesta.

Otra de esas exposiciones organizadas en solitario, al margen de las diferentes ocupaciones que salían al paso y fruto del entusiasmo[2] y de las horas robadas al sueño, fue la titulada *Around graffiti* que realicé en la ya desaparecida galería Kessler-Battaglia, con las fotografías de Carmen Gray y Enrique Escandell, y diseño del artista urbano Felipe Pantone. Una muestra que reflexionaba acerca de la documentación y la divulgación de las manifestaciones culturales callejeras, que planteé como unas jornadas de divulgación y en las que la exposición física se complementaba con una mesa redonda, participada por varios especialistas en grafiti y con la proyección y el coloquio de una película documental, sobre la historia del grafiti en València, dirigida por Antoni Cendra. La idea era que el hecho expositivo no se quedara en la mera contemplación sino que el público pudiera conversar con los especialistas; que se favoreciera un auténtico espacio de reflexión e intercambio de ideas.

Dando tumbos, sin llegar a poder ganarme la vida con el arte contemporáneo, asistí, como público, a la celebración de la primera edición de *Ilustrafic*, el desaparecido congreso de ilustración organizado por la Universitat Politècnica de València. Recuerdo especialmente una de las ponencias en forma de conversación entre Román de la Calle y Andrés Rábago el Roto, en la que, hablando sobre la estrecha relación entre la imagen y la palabra, despertaron de nuevo, en mí, una pasión por la ilustración, que, hasta aquel momento, se hallaba aletargada.

En un momento de descanso tomé un café con Román y le trasladé una preocupación que rumiaba desde hacía un tiempo: una parte de mí temía que al tratar de especializarme en un *tema menor* como la ilustración gráfica pudiera provocar mi exclusión del mundo del arte en *mayúsculas*. Él me miró con gravedad y, tras una reflexiva pausa, me contó su experiencia personal. En su juventud, en el momento de defender su tesis doctoral dedicada al cine, parte del tribunal de Filosofía intentó escamotearle la calificación de *cum*

2.- Uso aquí la acepción de entusiasmo desarrollada por la investigadora Remedios Zafra en su ensayo *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital* (Premio Anagrama de Ensayo 2017) en el que analiza cómo en los llamados oficios de la cultura –y también en la docencia– a menudo nos sentimos pagados de una manera tramposa y autoexplotadora, a través del reconocimiento, del prestigio o de la satisfacción personal pero no mediante una adecuada retribución económica.

laude, argumentando que un filósofo no debía andar perdiendo el tiempo con esos asuntos. Aquella era una de las medallas, según me dijo, que llevaba con mayor orgullo. De pronto, las nubes se disiparon y lo vi claro: si una persona de su talla había conseguido mantener una trayectoria admirable como la suya ¿por qué no iba yo a atreverme? En aquel momento decidí comenzar a investigar y escribir sobre ilustración, sobre la transmisión gráfica de las ideas. Si el arte contemporáneo siempre me había interesado, la ilustración gráfica siempre me había divertido. ¿Por qué no intentar vivir de lo que más me divertía? Un tiempo después, conversamos largamente en su despacho y me legó una pequeña publicación sobre la gestación del MuVIM, editada por la Universitat Jaume I, que se convirtió en una auténtica hoja de ruta a la que recurriría en múltiples ocasiones.

Durante un año colaboré con el blog «Ilustrados» de *El País*, escribiendo largos artículos sobre ilustradores de todo el mundo y de diferentes épocas como Harry Clarke, Alberto Martini, Brecht Evens o Jack Teagle. Después vendrían otras publicaciones especializadas o suplementos culturales como *Fuera de margen*, *Minchō*, *EME magazine*, *Posdata Levante* o la revista de la Generalitat Valenciana, *Lletres Valencianes*, y más tarde algunos capítulos y prólogos de libros sobre arte e ilustración. Pese a la precariedad que acompaña muchas veces al oficio de la escritura, todas las horas invertidas en la ideación, investigación y redacción de estos artículos me permitieron estar al corriente de lo que se estaba haciendo, en el campo de la ilustración y las artes visuales, y me facilitaron el contacto con infinidad de autores e instituciones, tejiendo con el tiempo un amplio entramado de relaciones con personas con quienes colaboraría de diferentes maneras. Una red ampliada también gracias a la radio, en la colaboración semanal que mantengo desde el año 2010 en el magacín cultural *Café con vistas* de la emisora libertaria *Ràdio Klara* junto a unos cuantos compañeros avezados en diferentes disciplinas, de esos que nutren el pensamiento como quien abre las ventanas para que oree. En un momento dado, consciente de estar regalando demasiado mi tiempo y mis propios recursos en la elaboración de tantos textos, decidí dejar de colaborar gratuitamente para priorizar aquellos encargos remunerados. ¿Cómo iba a ser profesional, de qué manera estaba contribuyendo al respeto por la profesión y por la actividad de mis colegas, si no cobraba un estipendio a cambio de mi fuerza de trabajo?

La lectura y el resto de prácticas y hábitos culturales, han ejercido un papel imprescindible en mi formación, en mi trabajo y

en mi vida diaria. Algunos de los consejeros que me acompañan y que actúan, como la vara que agita el avispero, son los catálogos, ensayos, novelas, ediciones de artista, poemarios, cómics, revistas y fanzines que forman mi biblioteca. A menudo sucede que, al releer un texto, años después, resaltamos pasajes muy diferentes a los subrayados con anterioridad. Es entonces cuando nos damos cuenta de que la mirada ha cambiado, que el foco de atención está ahora en otra parte o que hemos encontrado nuevos códigos que desconocíamos a lo largo del camino. Pequeñas porciones de información deslavazada, que aguardan en el cine, el teatro, la música, la observación de la realidad o las conversaciones que mantenemos y que salen a nuestro encuentro, en los lugares más insospechados y en las situaciones más variopintas.

Autorretrato con biblioteca (2018). Manuel Garrido Barberá.

Me trasladé a vivir a Madrid en septiembre de 2014. En mi primera semana allí, en la presentación de un libro, conocí por casualidad a algunas de las principales figuras de la ilustración española actual. En aquel grupo, tan alucinante como heterogéneo –formado por grandes autores de diferentes generaciones como Javier Olivares, Javier Zabala, Jorge González, Fernando Vicente, Santiago Sequeiros, Riki Blanco, Kike de la Rubia, Esther Vázquez, Nicolai Troshinsky…– encontré un portón a un mundo que se había mantenido oculto y que abriría mis horizontes a nuevas posibilidades, si era capaz de confeccionar los proyectos adecuados, de la misma manera que hacía con los artistas plásticos, con quienes estaba acostumbrado a tratar. Advertía algunas diferencias entre ambos tipos de creativos –fundamentalmente el hecho de que la ilustración suele responder a un encargo y se produce, casi siempre, para su consumo en masa– pero compartían características comunes, como la misma incertidumbre, la misma precariedad, las mismas dependencias, las mismas dudas y recelos o la misma necesidad de ayuda en sus gestiones y en su promoción. Admiraba enormemente su trabajo y mi cabeza no dejaba de idear para ellos mil y una aplicaciones, mil y un proyectos, en donde la ilustración podía tener cabida y aportar un valor añadido; una segunda lectura hasta entonces desaprovechada. Cada vez tenía más claro que quería trabajar con y para ellos, los ilustradores y demás artistas gráficos.

Repentinamente, como quien acude al andén en el momento exacto de la llegada del tren, me llamaron por teléfono para proponerme asumir la gerencia de la *Associació de Professionals de la Il·lustració Valenciana* - APIV. Era la primera vez que alguien me ofrecía un trabajo indefinido que, además, condensaba dos de mis mayores intereses –la gestión cultural y la ilustración gráfica. Un trabajo que se basaba en la defensa y la promoción de la profesión y que me permitiría llevar a cabo diferentes ideas que venía madurando. Tras unas pocas cavilaciones pronto tomaría el tren de vuelta a València con una misión que afrontar que me reportaría no pocas alegrías durante los años siguientes.

Por aquel tiempo, ya me había acostumbrado a trabajar en solitario; una circunstancia que llevaba aparejada una serie de manías y defectos derivados de una cierta percepción de imprescindibilidad, causa a su vez de no pocas zozobras y desvaríos. Fue entonces cuando, al llegar a APIV, encontraría a la que sería mi compañera, Paula Pérez i de Lanuza, de la que tanto aprendería –acerca del trabajo en equipo, de orden y organización, de perspectiva de gé-

nero, de activismo, de humanidad…– que alteraría en gran medida no solo mi manera de trabajar sino también mi visión del mundo. La complicidad, la admiración mutua y el duro trabajo compartido nos hizo desdibujar las individualidades y comenzar a utilizar la primera persona del plural. Aquella bicicleta sin ruedines se había convertido en un potente tándem.

Con la ayuda y el apoyo de la Junta directiva, esbozamos las líneas de trabajo que, a fuego lento pero constante, nos disponíamos a desarrollar en favor del conjunto de la profesión. Nos enfrentábamos a algunos retos importantes, como visibilizar y convertir en una interlocutora autorizada a una asociación escasamente conocida, que despertaba ciertos recelos entre algunos profesionales de las generaciones más jóvenes; que adolecía de una planificación de sus acciones a medio y largo plazo, que carecía de una imagen que transmitiera profesionalidad, rigor y actualidad, y que contaba con unos recursos insuficientes para su adecuado funcionamiento y su merecida repercusión.

Si bien durante los primeros años, había sentido el monstruoso peso –en gran parte, autoimpuesto– de cargar a mis espaldas con la responsabilidad de la asociación, el rigor y la calidad de sus actividades, la percepción de los asociados, la imagen exterior que esta proyectaba, cual si fuera el reflejo de mi propia imagen, la secuencia lógica y justa que consiguió mantener a flote a la oficina técnica fue la oficialización de un equipo a la par que se alimentaba y se equilibraba mútuamente con plena normalidad. Nos repartimos equitativamente las innumerables tareas de nuestro trabajo diario y la proyección de futuro de la asociación y, tras tener que batallar más de lo necesario, conseguimos igualar los horarios, los sueldos y las categorías de ambos, convirtiéndonos en codirectores.

Durante el período comprendido entre 2014 y 2018, conseguimos dar un gran empuje a la asociación hasta convertirnos en un interlocutor válido y representativo —con un 30% de los profesionales valencianos asociados—, transparente en su programa de actividades y en su memoria económica, con una imagen pública renovada y potente, y ejemplo de funcionamiento seguido por otras asociaciones homólogas. Algunas de las exposiciones colectivas que realizamos en las sucesivas ediciones de la *Fira del llibre de València* –como las dedicadas a la denuncia de la situación de las personas refugiadas, al rechazo de la denominada «Ley mordaza» o a la defensa de la igualdad y en contra las violencias machistas– y sus publicaciones complementarias, mesas redondas, subastas y jornadas solidarias

de dibujo en directo, demostraron no solo la enorme calidad y variedad de estilos y poéticas de los ilustradores participantes y su fuerte compromiso sino también la eficacia de la ilustración gráfica como un grito en la pared, como un revulsivo del pensamiento crítico, como un potente lenguaje de carácter universal.

Con la llegada del nuevo gobierno valenciano en 2015, las diferentes administraciones públicas abrieron una etapa de mayor diálogo y sensibilidad hacia la ilustración, el cómic y el diseño gráfico. En ese contexto, y en colaboración con la Asociación de Diseñadores de la Comunitat Valenciana, comenzamos un largo proceso de asesoramiento, que se saldó con algunos logros importantes. El más visible de ellos fue la implantación paulatina de una fórmula de convocatoria pública, denominada «llamada a proyecto», que habría de dignificar el proceso de selección de autores para los encargos de las campañas gráficas institucionales de las diferentes administraciones públicas valencianas. La llamada a proyecto sugería sustituir los encargos directos —muchas veces susceptibles de resultar sospechosos a causa de su opacidad y su arbitrariedad— y también los concursos especulativos —en los cuales todos los participantes regalan su tiempo, sus energías, su trabajo y sus ideas, y solamente uno de ellos es remunerado— por una convocatoria abierta con el pliego de condiciones bien explicado y en la que los aspirantes únicamente deben presentar un dosier de trabajos previos y su *curriculum vitae*, que es revisado por un jurado profesional, encargado de seleccionar a la persona a la que se realizará el encargo, sin que nadie esboce una sola línea sin cobrar por ello. Esta nueva manera de hacer, más justa, transparente y respetuosa –y en constante revisión para la mejora de su funcionamiento– propició, gracias al esfuerzo de las administraciones, las asociaciones y los profesionales, el milagro de la renovación gráfica de la imagen institucional valenciana que, sin temor a exagerar, será objeto de estudio y cuyos carteles pasarán a la historia del arte gráfico valenciano.

En 2017, APIV se adhería al *Pacte valencià contra la violència de gènere i masclista* impulsado por la Generalitat Valenciana, comprometiéndose a una serie de medidas, que conseguiríamos llevar a cabo en tan solo unos meses, gracias a un poco de esfuerzo y a una voluntad decidida. El proyecto «APIV inclusiva» supuso algunos cambios importantes, como el de su denominación, la cual pasaba de *Associació Professional d'Il·lustradors de València a Associació de Professionals de la Il·lustració Valenciana* eliminando así el sesgo de género, al tiempo que conseguía abarcar en su te-

rritorialidad a las provincias de Castellón y Alicante, muchas veces víctimas de la centralización de València. Renovamos el logotipo y la identidad corporativa de la asociación —renovación que se sumaba a la de la página web llevada a cabo un poco antes— y encargamos a nuestro abogado la elaboración de un completo protocolo de prevención y actuación, frente a los posibles casos de acoso sexual y por razón de género, que pudieran darse en la asociación. Se trataba de una manera efectiva y rigurosa de traducir en hechos el posicionamiento ético de la asociación y de hacer de APIV un espacio seguro y libre de violencia.

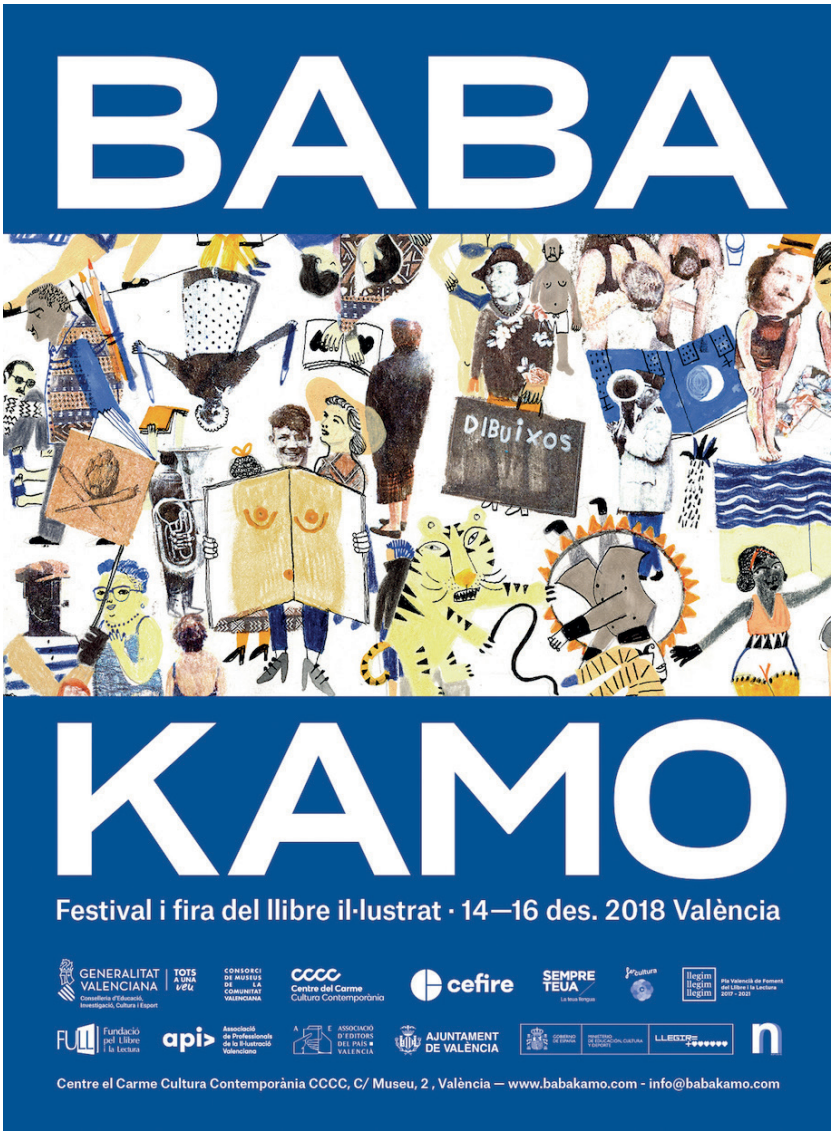
El comisariado más intenso de cuantos he realizado hasta el momento y que se alargó durante casi dos años de investigación, diseño, producción y difusión –y que continúa hoy vivo, en constante actualización– fue el de la exposición titulada *Il·lustració, còmic i compromís social*. La *Fundació pel llibre i la lectura*, FULL, me encargó que organizara una exposición que pusiera en valor el trabajo de los ilustradores y dibujantes valencianos, como parte de las acciones del *Pla valencià de foment del llibre i la lectura* de la Generalitat Valenciana. Con el fin de acotar la enorme amplitud del encargo —llegué a investigar el trabajo de cerca de seiscientos autores valencianos en activo— propuse, como hilo conductor, aquellas obras que difundieran cuestiones relacionadas con el activismo social y político, realizadas en los últimos veinte años, ya fuera por iniciativa propia de sus autores ya fuera por el encargo de empresas e instituciones públicas y privadas. Dividida en diferentes causas o luchas, como la memoria histórica, la igualdad de género, la reivindicación del colectivo LGTBI+, la defensa del valenciano, del medioambiente y un largo etcétera, la exposición se tradujo en trece paneles —uno de introducción, once temáticos, y uno final con el índice de autores y la extensa bibliografía— que fueron diseñados por el ilustrador y activista Elías Taño e impresos en lona, para garantizar su sencilla itinerancia por escuelas, casas de cultura, bibliotecas y otros espacios culturales de diferentes municipios valencianos.

La exposición física contaba con el trabajo de más de ciento veinte autores, más de cien iniciativas públicas y privadas y cerca de ochenta publicaciones. Dada la abundancia de materiales y la rapidez con la que se generaban nuevos ejemplos, pronto se hizo necesaria la creación de una página web complementaria –esta vez, con el título más atractivo de *Gràfica compromesa*– que recoge todos los contenidos de la exposición física y nuevos ejemplos

actualizados, y que se ve enriquecida con numerosos enlaces que dirigen al usuario a leer reseñas, críticas, guías didácticas, vídeos y otros materiales, haciendo así la labor de divulgación mucho más dinámica y personal, favoreciendo el autoaprendizaje, la curiosidad y la investigación desde casa, la escuela o la biblioteca.

Tras varios años trabajando en APIV, el día a día comenzaba a hacerse un tanto repetitivo. Como siempre que me he encontrado en una situación similar, el cuerpo me pedía realizar un proyecto completamente nuevo, que no fuera otra vez la misma exposición, cien veces repetida, ni el mismo texto sobre el mismo tema, dicho con otras palabras. Desde hace años, conservo varias libretas repletas de notas e ideas, algunas más elaboradas, otras en fase embrionaria, casi todas esperando la llegada del momento idóneo.

Me senté con mi compañera y le hablé de un proyecto que venía madurando desde hacía años, desde antes incluso de comenzar a trabajar en la asociación. Se trataba de un festival especializado en libros ilustrados, en el que habría una sección de feria de venta al público, con libros que no fuera fácil encontrar en las librerías valencianas, otra sección profesional para favorecer la contratación de ilustradores, por parte de las editoriales españolas y extranjeras, y otra sección divulgativa, en la que habría diferentes charlas, talleres, exposiciones y espectáculos de dibujo en directo. Había tenido tiempo incluso de pensar en el nombre, «Baba Kamo», que era el país ficticio de donde provenía Kembo, el león vegetariano y pacifista ideado por el pedagogo e investigador Carlos Pérez, en su álbum ilustrado *Kembo, incidente en la pista del circo Medrano*, magníficamente ilustrado por Miguel Calatayud; un libro que ligaba a la perfección la imagen y la palabra, y que ejemplificaba el rigor, la calidad y el respeto por la inteligencia del lector característica de estos dos grandes autores. El festival debía realizarse en un espacio cultural importante pero sin dejar de lado su carácter festivo, nacería con la vocación de convertirse en una cita anual de referencia y debería contribuir a desechar la idea caduca de que el libro ilustrado está dirigido únicamente al público infantil. Sus objetivos principales tratarían de reivindicar el trabajo de los profesionales de la ilustración gráfica y demás agentes implicados en el mundo del libro ilustrado y de normalizar este tipo de publicaciones como una importante herramienta de transmisión formativa y cultural, como un rico patrimonio artístico y literario, como un excelente elemento de ocio y como una industria cultural a defender y fortalecer. Por último, mi compañera y yo tendríamos total libertad para decidir su



Cartel de la primera edición de *Baba Kamo*. *Festival i fira del llibre il·lustrat.*

programación, contaríamos con el apoyo institucional de la asociación, que lo acogería como su actividad principal y su hecho diferencial, y nos procuraríamos del presupuesto necesario para que nadie trabajara gratis.

Presentamos la idea a la Junta directiva de APIV que la acogió con entusiasmo y comenzamos a buscar la financiación ade-

cuada hasta encontrarla en la fundación FULL, que se convertiría en coorganizadora, y gracias también a la resolución favorable de diferentes ayudas y subvenciones, que nos harían expertos expedicionarios a través de las junglas de la burocracia. Ampliamos el equipo con la investigadora y divulgadora Clara Berenguer y, tras casi dos años de trabajo, conseguíamos inaugurar la primera edición de *Baba Kamo, festival i fira del llibre il·lustrat*, en el imponente claustro gótico del *Centre del Carme Cultura Contemporània* CCCC, de València, en el cual encontramos un aliado entusiasta, fundamental y con amplitud de miras, gracias a la dedicación de la dirección y de todo el equipo de trabajadores. Contamos, además, con la colaboración del *CEFIRE Específic de Plurilingüisme* de la Generalitat Valenciana, que incluyó dentro del festival sus jornadas de formación al profesorado, dirigidas a dotar de herramientas a los profesionales de la enseñanza para la utilización del libro ilustrado, como recurso pedagógico en las aulas. En nuestro afán porque todo saliera lo mejor posible, encargamos la creación del logotipo, la identidad corporativa y el diseño de todos los materiales de Baba Kamo a Yinsen Estudio, que se volcó desde el primer momento desplegando todo su buen hacer y la ilustración del cartel a Ana Penyas, que compuso una maravillosa escena coral basada en el imaginario de Kembo el león y que se convertiría poco después, para nuestra gran alegría, en la primera mujer en ganar el Premio Nacional de Cómic del Ministerio de Cultura de España.

Durante la fase de preproducción, nos costaba creer la buena acogida que el festival encontraba entre los proveedores, editoriales españolas y extranjeras, librerías especializadas, sellos de autoedición, autores, investigadores… toda vez que no había ninguna experiencia previa, que no podíamos adivinar cuál seria su repercusión, su número de visitantes ni sus cifras de venta.

Finalmente, la primera edición de Baba Kamo se saldaría con una cifra de visitantes de alrededor de cinco mil personas, veintisiete expositores en la feria especializada —con unas cifras de venta satisfactorias e incluso superiores a sus expectativas—, ochenta y cinco profesores inscritos en las jornadas de formación —de entre más de ciento treinta solicitudes—, más de setenta entrevistas profesionales y revisión de porfolios entre ilustradores y editoriales –de las cuales nacieron algunos proyectos–, más de quince proveedores entre profesionales y empresas, una treintena de impactos en prensa –digital y en papel, en radio y en televisión– e incluso contamos ya con la primera editorial extranjera –Carla Oliveira, de Orfeu

Negro– que, a fe ciega, se arriesgó para venir, desde Portugal, y convertirse así en nuestra madrina internacional.

Una primera edición que salió espectacularmente bien gracias, sobre todo, a la exhaustiva previsión por parte de la organización y la entusiasta colaboración de todos los profesionales implicados. Realizamos una encuesta posterior cuantitativa y cualitativa –convencidos de la necesidad de conocer la opinión de los usuarios como una brújula con la que orientarnos en el futuro— y recogimos algunas interesantes sugerencias de mejora y numerosas muestras de afecto por parte de personas anónimas y absolutos desconocidos.

La primera edición de Baba Kamo afianzó para siempre todo cuanto había aprendido en los últimos años acerca de las diferentes necesidades que debe tener en cuenta un proyecto que se quiere exitoso: un buen equipo de profesionales que reme de manera conjunta en la misma dirección, en el que poder depositar toda la confianza y al que cuidar en todo momento; una planificación escrupulosa de todos los aspectos de la organización y de los posibles imprevistos; una financiación adecuada para que todo el mundo cobre por su trabajo; una comunicación eficaz de aquello que se hace; el respeto a la inteligencia del público sea cual sea su edad, y la conciencia de nuestra función y de nuestra responsabilidad pública.

Como ser humano social, considero importante llevar a cabo una serie de acciones y colaboraciones por militancia, ya sea por el sentido de pertenencia a diversos colectivos del sector cultural o por otras cuestiones relacionadas con el procomún.

A pesar de su apariencia trasnochada, en esta época de individualismo extremo y con un sistema económico que nos quiere aislados, competitivos, débiles, precarios y desinformados, creo firmemente en la plena vigencia de que «la unión hace la fuerza». La defensa colectiva de los derechos de cualquier sector profesional, sumando las voces de sus individuos, fortalece a todo el sector, favorece el intercambio de información, de ideas y de recursos, el compañerismo y el aprendizaje mutuo e intergeneracional. En cierto modo, sería algo parecido a la elaboración de un gran grupo de trabajo en el que todo el mundo aporta en la medida de sus posibilidades para la consecución de un proyecto; en este caso, la supervivencia de la profesión.

Es para mí importante el haber formado parte activa en las juntas directivas de APIV y AVCA, en el patronato de FULL, en la Mesa de la cultura de la Generalitat Valenciana y en diferentes comisiones, comités y consejos, en los que todos los presentes

trabajaban de manera desinteresada, pensando no en los réditos personales sino en el bien de los diferentes colectivos. Del mismo modo, recuerdo con cierto cariño, como otro de los grandes aprendizajes de esta época, el haberme movilizado arropado por numerosos compañeros en diferentes concentraciones, huelgas y otros actos de protesta y en defensa de la dignidad de la profesión, a favor de la libertad de expresión y de pensamiento, en contra de determinadas decisiones políticas o en solidaridad con diferentes compañeros afectados por las situaciones más dispares. Acciones que, en ocasiones, sabíamos que no cambiarían las cosas de una manera inmediata pero sí que podrían ser el germen que acabara precipitando el cambio, como se demostraría más adelante.

Pero también desde la acción individual, considero fundamental la toma de conciencia de que todas nuestras decisiones afectan, de una manera o de otra, al resto de compañeros, al conjunto de la profesión. Cuando aceptamos condiciones de trabajo indignas, trabajos especulativos o sin una remuneración económica; cuando permitimos las injerencias políticas, las censuras, los amiguismos; cuando toleramos las actitudes machistas, homófobas, racistas, los tratos vejatorios y los abusos de poder, estamos lanzando el mensaje de que podemos soportarlo, que lo normalizamos y otros como nosotros lo aceptarán, porque *siempre ha sido así*; debilitándonos y haciendo más fuertes a los opresores, que son quienes necesitan que existan los oprimidos.

Si bien he insistido, a lo largo de este texto, acerca de la importancia de reivindicar una remuneración apropiada a cambio de nuestro trabajo, la única salvedad que establezco a esta norma es la de aquellos proyectos en las que nadie persigue lucrarse y que realizo como acto de militancia, de divulgación o de denuncia, al servicio de diferentes causas o luchas con las que me identifico y que refuerzan mis lazos con la comunidad y con mis convicciones.

Dado que mi profesión es algo que trasciende las fronteras de lo estrictamente laboral, para entremezclarse con mi forma de vida, todas las enseñanzas recibidas en este tiempo han superado su condición de meras habilidades o herramientas de trabajo, para convertirse, a una mayor profundidad, en las claves de mi forma de ver y de explicarme el mundo; en los códigos que me permiten desenvolverme día a día con las personas que me rodean.

De este modo, gracias a la gestión cultural y a la multitud de personas que he conocido –incluso en los días más aciagos–, he aprendido a dudar de las verdades absolutas, a formarme un cri-

Xilografía para la campaña vecinal *Salvem La Punta aturem la ZAL.*
Manuel Garrido Barberá

terio propio, a cambiar de opinión, a tomar muy en serio mi trabajo y mucho menos a mí mismo. A saber decir que no, a reivindicar un trato justo, a identificar que lo personal es político y a tomar conciencia de que nuestras decisiones afectan al colectivo; a defender la importancia de la unión para hacer frente a las amenazas, del aprendizaje mutuo e intergeneracional, y del trabajo en equipo. A priorizar la pasión y el comportamiento ético. A transmitir el entusiasmo por conocer, por descubrir, por compartir.

Recuerdo con mucho cariño a una profesora de la universidad que, en su primer día, ante la pregunta de un compañero, reconoció no saber la respuesta. A la mañana siguiente, tras haber investigado durante la noche, comenzó la clase resolviendo aquella duda con todo lujo de detalles, sonriente, con el rostro iluminado por el brillo en su mirada, de una manera como nunca había visto. Aquella se convertiría en mi máxima aspiración: mantener la curiosidad y la capacidad de asombro que muchos pierden cuando abandonan la infancia.